

mismo jamás, haciendo de ese juicio posible un instrumento de análisis y de comprobación. Todo lo que puede y debe hacer es descubrir aquella estructura real en que es posible entretelar comprensivamente el complejo de actuación de los personajes colectivos, a fin de que cada persona interesada en reconocerlos pueda también comprenderlos así: como personajes portadores de actos entretelados en una estructura total, la cual, sin embargo, sólo está implícitamente presente en la textura de los mismos actos portadores.

Por ejemplo. Mientras no logremos transparentar en el jubón del soldado conquistador el esquema del personaje histórico inconfundible que ya es, como español-occidental, lo es ya en esencia, claro está que su manoseada estampa de desfachatado e indeseable conquistador nos dejará sin acceso comprensivo alguno a la verdadera y real estructura de su *conciencia des-cubridora*.

Como posibles historiadores de esta conciencia, hemos procurado no viciarla arrojando en ella nuestros propios valores subjetivos, las sombras de nuestra recepción ideológica del hecho, riesgo del que no es cosa fácil escapar dado precisamente nuestra condición de estudiosos americanos. Antes al contrario, pretendemos haberla captado en estado puro o, como diría un fenomenólogo, como una esencia o *eidós*. Contemplar por primera vez un objeto virginal denominado «América» supone para nosotros asistir a un descubrimiento precedido por la pantalla interpuesta—histórica—de un descubridor. De un descubridor que tiene ante sí, de repente, la inabarcable totalidad de una incógnita. Nos referimos, claro está, a la estructura que implica un espacio cósmico desconocido que está ahí (aunque él no lo vea todavía como dato ofrecido por la intuición a su propia conciencia), y que entra en conflicto con el recuerdo de un espacio histórico (nacional) preexistente y vivido. Por donde venimos a caer en la cuenta de que nuestra actitud gnoseológica «escéptica», tal como se hubo de definir en teoría, refleja también, en forma por decirlo así equipolente, la misma perplejidad inicial del des-cubridor, aquel expresivo asombro con que inventa, imagina, dispone de un nombre nuevo exhumado del fondo de su memoria para encubrir con él un aspecto imprevisto de la realidad. Nosotros, pues, tenemos asimismo que descubrir nuestros propios nombres teóricos para diseñar el problema e inventar, dentro de la rigurosa trama formal del conocimiento, la teoría adecuada que nos remita hacia la aprehensión y recuperación de la estructura del objeto real denominado simbólicamente «América».

Sigamos la pista de los conquistadores y preguntémosles a ellos mismos cómo han entreabierto y leído por primera vez, bajo el más selecto de los rubros imaginables, el mensaje objetivo de un mundo

nuevo, incógnito e inconmensurable. ¿Cómo, en efecto, y hasta qué grado, podrá informarnos de algo aquello que se sitúa de por sí fuera del alcance de nuestras posibilidades visuales, más allá de los límites de nuestra capacidad integradora, histórica y vitalmente condicionada?

Sea como fuere, los contornos que delimitan el problema son conceptualmente claros, y en virtud de ellos puede afirmarse: los conquistadores devienen descubridores del Nuevo Mundo tan pronto como actualizan en su memoria colectiva el mecanismo trivial de la designación. Para apreciar la fuerza con que luego adherirán a los nombres, o sea para determinar las verdaderas proyecciones míticas que estos nombres entrañan, es preciso, sin embargo, darse antes cuenta cabal del efecto metafísico descargado sobre el espíritu del hombre por esa enorme *presencia-ausente que está ahí*.

*Ahí está la Nada* no quiere decir que no haya nada, ni que el conquistador tenga que sucumbir a un mareo y naufragio metafísico incontenible. Lo único que se expresa es que tiene ante sí una incógnita verdadera, un mundo real—inexplorado—del cual no sabe todavía nada. ¿Dónde comienza y hasta dónde extiende sus límites? ¿Cómo se conciertan allí las fuerzas o leyes de la naturaleza y qué es, en fin, lo que le han de reservar sus enigmáticas condiciones de habitabilidad? He ahí el riesgoso y resbaladizo *contenido de realidad* que es preciso conjurar inmediatamente. ¿Cómo? Volvemos a tocar otra vez la cuestión de su *nombre*.

Según sus estrictos términos genéticos, el problema es, como hemos dicho, del orden metafísico del *nombrar*, y, lo que es todavía más grave, nombrar algo desconocido que está ahí, en pie, delante de sus descubridores: bastaría extender los brazos para agarrarlo. Llamamos a eso: incógnita-entidad perfectamente palpable en cuanto tal. No basta, sin embargo, aunque la cosa parezca muy sencilla, ver y tomar, ya que no se toma y alcanza el objeto precisamente con la mano, sino a través de un nombre, y esto es justo, el contenido semántico que no se descubre, sino que se inventa. ¿Cuál será entonces la inmediata solución que da el conquistador a este problema? No nos es posible explayarnos aquí sobre el particular. Sin embargo, resumiremos como sigue. Es muy sencillo identificar un objeto cuando éste aparece en el lugar en que se esperaba ya encontrar algo (más o menos determinado). (Hipótesis mediante la cual hemos intentado comprender, en nuestro trabajo sobre *La existencia mestiza*, la esencia de la gesta colónida.) Queda en pie, no obstante, una cuestión gravísima: el hecho de que, al rebasar los límites usuales de lo esperado y hacerse patente el advenimiento de algo tan heterogéneo y distinto como inimaginable, no haya habido más remedio que ocultar la novedad—nunca vista—

tras una palabra, tras un símbolo de evasión o conjuro, sin exageraciones, trayendo a cuenta una palabra que, contra toda lógica, *se parezca* a la cosa. Y la signifique.

Podemos, por tanto, sobre la base de los pocos supuestos ya apuntados comprobar lo siguiente: al *hacerse des-cubridor*, el conquistador ha trasladado a un subfondo misterioso de su psique la incógnita que se constituyó en primer plano ante él, para, acto seguido, reemplazarla por la forma de una *remembranza o imagen mítica familiar*. Se apresura a poner un nombre viejo—prestigioso— a lo nuevo, y queda así la incógnita del Nuevo Mundo, si no desvanecida del todo, al menos replegada contra algún ángulo oscuro, contra algún esfumado o cauteloso rincón del inconsciente. Y, desde luego, *cubierta* por éste.

Quizá podemos figurarnos ahora más claramente lo que hace el descubridor. Conforme surca o atraviesa los ignotos espacios, va sembrando, aquí y allá, ciertas señales ópticas, algunos distintivos semánticos, ciertas diferencias familiares, todo lo cual le permitirá transitar o desplazarse, con un mínimo de seguridad, sobre terrenos diversamente conocidos. Toda esa serie de signos mágicos, de piedrecitas de colores lingüísticas con que suele, a medias, introducir un orden ocasional en el laberinto (o sea conforme avanza y se pierde en la oquedad del misterio), pueden cifrarse, a la postre, bajo un mismo denominativo común, y este nombre implícito dar lugar, claro es, a muchas representaciones o concepciones míticas de la realidad.

6. No ha de ser cosa muy difícil imaginarse a los descubridores (y por eso lo son) tratando de poner nombre a las cosas, cuando se precipitan en el Nuevo Mundo. Los adjetivos, sobran: la escasez de sustantivos, en cambio, es desesperante: nombres, sustantivos para aprehender la nueva realidad, para designarla y apropiársela. ¿Dónde están? Como quiera que sea, no puede suspenderse el efecto de la pasión semiósica—signífera—, que impele al hombre a identificar con un signo *estimable* la aparición de cualquier ente. Mientras haya nombres, habrá cosas, y el significado del mundo, en medio de la *nada*, no se habrá extinguido del todo, de buenas a primeras. Muchos son los modos de comprobarlo. Refirámonos aquí al ejemplo más simple:

«La propiedad de la denominación—escribe el filólogo Carlos A. Morínigo— fue un verdadero problema, como puede verse por varios pasajes del Diario del Almirante. A veces descubre, como con un suspiro de alivio, animales y plantas a los que puede aplicar, con alguna certeza, nombres europeos; pero siempre quedan dudas: en Cuba decide llamar perdices a las de la tierra, vacilando en cuanto a la propiedad de este nombre, pues las encuentra demasiado pequeñas.

En este primer vocabulario —liñaloe, palmas, faxones y fabas, algodón, perdices, papagayos y además lagartos, sierpes y algunos otros— podemos ver una primera solución al problema planteado por la nueva realidad americana.» «El desco de la propiedad lingüística —añade Morínigo—, y la consiguiente indecisión para dar nombres a las cosas que no pueden reconocer, se complica en el ánimo de los descubridores con el prejuicio de hallarse cerca de las tierras visitadas y descritas por Marco Polo» (6). El problema ya había sido planteado por Henríquez Ureña, pero sólo de una manera ocasional, en su libro *Las corrientes literarias de la América hispánica*, donde señala y celebra las temerarias confusiones del Descubridor, que ve por ahí, de pronto, desastrosas sirenas y escucha por allá deliciosos trinos de ruiseñor. Es el suyo el prototipo de toda confusión, el origen de las vacilaciones de que habla Morínigo. Pues no es posible colocar sobre el relieve de un mundo que se abre y se desflora como una incógnita, un velo lingüístico que no esté ya algo raído, es decir, cuyos símbolos no estén ya algo gastado; aunque, a veces, claro, al súbito contacto con lo heterogéneo, parecen adquirir nueva y singular vislumbre (7).

Estamos tocando el límite humano mismo del descubrimiento, desentrañando la razón por la cual la inminencia del descubrir automáticamente se trueca en la necesidad, ya subrayada también, del cubrir. ¿Por qué *vacila* la gramática en el momento en que el descubridor se *decide* a ofrecer un valor sustantivo añejo a lo nuevo? Pura y simplemente, porque es portador de un mundo vivido, de un sistema de preferencias que hincan sus más hondas raíces en el fértil y precioso hábito de la nominación. Si vaciara sus pertrechos verbales antes de tomar contacto con la incógnita de la realidad americana, ¿de qué medios se valdría ésta para informarle sobre lo *otro*? Conquistar es descubrir. Descubrir, a su vez, reconquistar el valor de los sustantivos comunicantes, embarcar la visión de lo nuevo en los viejos odres de la refrescante memoria. El cometido es perentorio: no dejar a las cosas vacías de su nombre, encararlas tomándolas por el asa de su designación, no importa cuál sea la fuente de que son inducidos tales o cuales *significados simbióticos*.

7. La época del Renacimiento, todavía bajo la égida de un Dios, es esa edad heroica de la cultura en que los hombres se dirigen hacia el descubrimiento de algo que, aunque oculto, se encuentra ya previsto dentro de su radio visual. Basta una transposición, que deriva de lo macro hacia lo microcósmico, para develar el contenido, o mejor,

(6) *Programa de filología hispánica*. Ed. Nova. Bs. As.

(7) No hay que equivocarse: vacilación en los términos semánticos no es lo mismo que indecisión para nombrar; la primera suprime a la segunda al instante.